

Con estupor se ha impuesto el público de que una gran señora de Santiago, una de las más prudentes, benéficas y amante de los pobres, ha sido acometida por un grupo de manifestantes alessandristas, compuesto de dos o tres rateros conocidos y de una mujerzuela desvergonzada y mal oliente.

No se trata de una rica ni de una oligarca, sino de la santa y buena "misia Anita", protectora de los tuberculosos desamparados.

Modesta, de mediana estatura, de humilde vida, rostro sereno y bondadoso, apenas revela como resplandor de luna en noche nevada, el fuego de ternura y de piedad que lleva en su corazón por toda miseria y todo dolor humano.

¡Cómo ha sabido resucitar el candidato Alessandri todas las tachas, vilezas y cobardías del mestizaje sudamericano, definidos por los sociólogos de Norte y Sudamérica y aún de Europa!

Brusco estallido contra lo limpio, lo claro, lo bueno. Hasta el agua es calificada por estos rebeldes de burguesa, porque corre siempre en un sentido y es cristalina y no envenena. En cambio el ex-presidario, el rufián y el tabernero son jefes naturales, merecen respeto porque el desorden de sus almas es ya una gran rebelión contra el régimen.

El espectáculo de "misia Anita", vestida de negro, marchando con la vista baja, a oír la misa del Domingo, con su portamoneda con más direcciones de enfermos que billetes, y acometida al grito ya fatídico de ¡viva Alessandri! es la revelación de que se quiere mexicanizar esta tierra cuya fisonomía severa y orgullosa era una favorable y acreditada recomendación de crédito para el mundo civilizado.

Los corresponsales de diarios argentinos que se precipitaron a hablar de un atentado contra Alessandri, han esparcido ahora la noticia de que estamos al borde de una revolución. Así como no tenía ningún adversario de ese candidato derrotado el deseo de suprimirlo, sino de que viviera, de que hablara, de que guiara, de que aconsejara y, principalmente, de que sus consejos fueran acatados—porque esa ha sido la garantía de nuestro triunfo;—así ahora no es posible pensar en una revolución creyendo que los atacados o amenazados no van a defenderse a campo abierto y señalando uno a uno a los responsables de esta insolente provocación.

He aquí los primeros matices de este desorden, amparado desde la más vieja tribuna de la prensa; la persecución a la bondad de una mujer, de una protectora de infortunados, de una enfermera de agonizantes.

Allí estará de nuevo "misia Anita" en sus dos dispensarios, dando remedios, haciendo sacrificios personales, llorando con las penas de los pobres físicos, de quienes no se ha acordado Alessandri porque no tenían sino tos, para contestarle; allí estará como siempre olvidada de la ingratitud asquerosa que surge en estas rebeliones como el fango de las alcantarillas.

Ella, "misia Anita", ha sido periodista para defender el nombre de Chile en Inglaterra; ha sido delegado ante Congresos de Beneficencia extranjeros; ha sido la más valerosa y constante predicadora para defender al pueblo contra los estragos de la tuberculosis.

Como siempre recta, como siempre educada, cuando vió mancillado su traje con el retrato del agitador, preguntó cuánto valía y lo pagó. Una vez dueña del papelucho lo rompió. Entonces la injuriaron y agredieron.

Yo recuerdo, cuando hace dos años se le rindió un homenaje como benefactora de los pobres, se le obsequió una medalla y se la rodeó de rosas.

Le faltaba para ser buena y perfecta chilena, medir los peligros de la maldad con la complicidad de la cobardía.

Le faltaba para ser santa, coronarse de espinas!